

Cristo y la Cultura

27

**Los múltiples
rostros de Cristo:
un desafío para
la Iglesia**

LOS MÚLTIPLES ROSTROS DE CRISTO: UN DESAFÍO PARA LA IGLESIA

“La visión que tienes de Cristo es el mayor enemigo de mi visión. Tu Cristo tiene nariz aguileña, como la tuya, el mío tiene nariz chata, como la mía. Ambos leemos la Biblia de día y de noche pero tú lees negro donde yo leo blanco”.

William Blake

Jesucristo es el centro gravitacional de la fe cristiana, es como un imán universal en el que todas las cosas confluyen ya que por Él y para Él fueron hechas.

El profeta Hageo visualizaba este sentimiento más de quinientos años antes del nacimiento de Cristo y lo condensaba en un título mesiánico: el deseado de todas las naciones.

La historia del cristianismo, llena de contradicciones y enfrentamientos, gravita en torno a la vida y obra de Jesús de Nazaret, el Dios hecho carne. Pero este centro absoluto de la fe cristiana no se parece en nada a una imagen estática o fácil de definir, la historia de Cristo está llena de matices, paradojas y propuestas desafiantes.

El testimonio del Nuevo Testamento no siempre aclara nuestras dudas, muchas veces, las profundiza. Scott Peck escribió que “el Jesús de los evangelios es el secreto mejor guardado de los cristianos”. La Biblia muestra a un Cristo que deja en ridículo a esa caricatura insulsa y robótica que Hollywood mostró en más de una ocasión.

Cristo y la Cultura

Clase 27: Los múltiples rostros de Cristo: un desafío para la Iglesia

En su libro *El Jesús que nunca conocí*, el periodista norteamericano Philip Yancey medita sobre este aspecto indómito del carácter del Señor:

Insistió en que se obedeciera la ley mosaica mientras que se difundía la idea de que violaba las leyes. Podía sentir profunda simpatía por un extraño y, sin embargo, lanzar a su mejor amigo el fuerte reproche: «¡Quítate de delante de mí Satanás!».

Tenía ideas intransigentes acerca de los ricos y de las prostitutas, pero ambos grupos disfrutaban de su compañía. Un día parecía como si los milagros fluyeran de Jesús, al día siguiente su poder quedaba paralizado ante la falta de fe de las personas. Un día hablaba en detalle de la Segunda Venida, otro, no sabía el día ni la hora.

Evitó una vez que lo arrestaran para luego dirigirse inexorablemente a ser arrestado. Habló con elocuencia acerca de ser pacificadores, y luego les dijo a sus discípulos que se consiguieran espadas.

Sus extravagantes pretensiones acerca de sí mismo lo hicieron motivo de controversia, pero cuando hacía algo en realidad milagroso, procuraba ocultarlo.

Los cristianos tenemos el Dios más interesante de todos pero esta multiplicidad de facetas hace que nuestra fe sea muy compleja. La magnífica persona de Jesús enamora a cada uno de diferentes maneras, con distintas connotaciones y tendencias.

Nuestro Mesías extravagante despierta en nosotros una variedad casi infinita de interpretaciones sobre sus palabras y acciones.

Cristo y la Cultura

Clase 27: Los múltiples rostros de Cristo: un desafío para la Iglesia

A menudo pregunto a diferentes grupos de cristianos cómo describirían en pocas palabras a Jesús. Siempre me sorprende por la diversidad de respuestas, que casi siempre están tomadas directamente de las Escrituras:

- Cristo es nuestro amigo y
- abogado,
- el Verbo creador,
- el Pan de Vida,
- el primero y el último,
- el Buen Pastor,
- el Cordero de Dios
- y el León de la tribu de Judá,
- el autor y consumidor de nuestra fe, • la cabeza de la iglesia,
- el Rey de reyes y
- Señor de señores,
- nuestro Mesías y Redentor,
- el varón de dolores,
- la Resurrección y la Vida,
- el sanador y el profeta,
- el Sol de justicia y la Verdad.

De manera análoga, en el primer encuentro de Jesús con los discípulos según el relato de **Juan (1:35-49)**, el Señor es nombrado en pocos versículos de ocho maneras diferentes, y cada una de ellas encierra sus propias expectativas:

- Cordero de Dios,
- Rabí,
- Mesías,
- el que había sido anunciado en la Ley y los profetas,
- el hijo de José,
- el nazareno,
- el Hijo de Dios
- y el Rey de Israel.

A lo largo de la historia, la iglesia se ha inclinado repetidas veces a pintar una imagen de Jesús que armoniza directamente con el espíritu de su época, que se amolda al statu quo y no cuestiona en profundidad el contexto social, político y económico. Al mirar la iconografía de ese largo milenio al que llamamos Edad Media, particularmente el arte bizantino, salta a la vista la preferencia de estos artistas por retratar a Jesús como rey del universo.

Es tan marcada la tendencia que incluso podemos reconocer patrones que se repiten una y otra vez: las mismas posiciones, colores y temas. Algunos de estos iconos toman nombres como Rex remendae Magestatis, Maiestas Domini, Christus Imperator y Pantocrátor. Este énfasis en la majestad del Señor coincide de manera directa con el período en el cual la iglesia tenía un poder exorbitante sobre los asuntos terrenales. Reyes e imperios se sometían a la autoridad de papas, cardenales y obispos, realmente daba la impresión de que Cristo estaba estableciendo su Reino en la tierra a través del poder temporal de la iglesia.

Georges Casalis propuso que las imágenes de Cristo más presentes en la historia de Latinoamérica, un continente labrado por la pobreza, la explotación y la marginalidad, son dos: el vencido y el monarca celestial. En un extremo, Jesús es visto como un Mesías derrotado, sufriente, pasivo, que enseña al pueblo a cargar resignadamente su cruz por el vía crucis de la vida, en el otro, Cristo es el rey que viene del cielo con todo poder y autoridad para imponer su voluntad sobre todos, una imagen fácilmente asimilable a la de los conquistadores.

En los tiempos en los que la Razón fue el motor del mundo, cuando la Ilustración dominaba los debates académicos y el racionalismo reprimía los impulsos que no provinieran del intelecto, Jesús fue predicado como el gran maestro de occidente, el mayor de los filósofos, el pensador por excelencia, muy superior a Buda, Confucio, Séneca o Sócrates.

Cristo y la Cultura

Clase 27: Los múltiples rostros de Cristo: un desafío para la Iglesia

Es cierto que los evangelios, en particular Mateo y Juan, se esfuerzan por mostrar que el revolucionario mensaje de Cristo pone en crisis la cátedra de Moisés, el principal maestro de la tradición judía. De hecho, todo el Sermón del Monte desarrolla esta propuesta superadora.

Sin embargo, la iglesia de la modernidad acentuó este aspecto aun a expensas de quitarle al Evangelio toda la potencia irracional de los milagros. Bajo la tiranía del Iluminismo, la iglesia se esforzó por presentar el Evangelio como una verdad totalmente racional, demostrada con pruebas y evidencias. Fue la era de oro de las apologías y los argumentos lógicos para demostrar la existencia de Dios.

En nuestra era de incertezas y tolerancia, de explosión de las subjetividades y hedonismo, Jesús tiende a convertirse en un personaje cada vez más ambiguo. Sus palabras se pierden en la maraña de discursos y sus facciones se desdibujan para no desentonar con el entorno. En Cristo se amparan muchas de las posturas más progresistas, que reconocen en Él un abanderado de los derechos que la sociedad necesita legitimar.

Ernesto Sábato describió a uno de sus personajes de la siguiente manera: *«Sus pocas palabras salían plagadas de adverbios que atenuaban o hacían tan modestos sus verbos [...] que era casi como si se callara»*.

Nos cuesta mucho hablar hoy de Jesús en un lenguaje de absolutos y preferimos codificarlo según las categorías de las filosofías de moda. Nos abstenemos de expresarnos con claridad sobre los temas polémicos porque ya no sabemos exactamente qué postura tomaría Jesús en esos debates.

Nuestro retrato posmoderno de Jesús privilegia siempre el atributo de la misericordia, nos encanta exaltar la gracia de Dios e intentamos pasar de largo todas esas referencias a la rectitud, la justicia y el juicio. El Dios cristiano del relato posmoderno es tan inabarcable que por momentos nuestro credo se acerca mucho al agnosticismo.

No tenemos el coraje de decir mucho sobre Él y por eso nuestra lectura de la Biblia se ha vuelto progresivamente más cautelosa y simbólica, o quizá, simplemente más incrédula. A menudo me pregunto si mis formas políticamente correctas de hablar de Jesús a un mundo que ya no reconoce absolutos representan un acto de humildad o una preocupante falta de fe. Hay una tensión cada vez más evidente en nuestras iglesias. Aunque es cierto que no representa el espíritu del Evangelio, también es cierto que se ha ido configurando históricamente como una puja por momentos latente pero en ocasiones intensa.

Sé que ponerlo en estos términos es bastante reduccionista pero creo que los extremos de esta tensión se pueden resumir en dos imágenes: un Jesús «progresista» (definido por su espíritu de reforma) y un Jesús «conservador» (entendido como el defensor de algunos valores tradicionales). Mi generación suele preferir al Jesús «progresista», a quien identifica como el primer revolucionario, el que desafió el statu quo del templo de Jerusalén y de Roma.

«Este Jesús» no tiene paciencia con los comerciantes de la fe ni con la corrupción de las autoridades religiosas y políticas, sino que emprende una denuncia profética en nombre de los menos favorecidos. Desde esta óptica, seguir su ejemplo significa sobre todas las cosas comprometerse con el cambio social: es luchar por hacer realidad ese ideal de justicia y paz que el Señor denominaba Reino de Dios.

Pero este recorte suele entrar en contradicción con ese Jesús «conservador» que no vino para quebrantar los mandamientos, sino para llevarlos a su cumplimiento. Pareciera que seguir a «este Jesús» es mantenerse al margen de las discusiones contemporáneas e identificarse con algunos valores tradicionales de la sociedad.

Una conclusión lógica de esta posición subraya la identidad absolutamente espiritual de los creyentes, a menudo esto se traduce en considerar que estar involucrados en los asuntos terrenales es una pérdida de tiempo. El Reino de Dios es visto casi únicamente como una esperanza escatológica. John Stuart Mill dijo que la gente suele estar en lo correcto en las cosas que afirma pero se equivoca en lo que niega. Cada uno de estos retratos de Cristo tiene algo de verdad e importancia para el mundo en el que vivimos pero cuando rechazamos el fragmento que menos nos identifica o conviene, nos acercamos peligrosamente a la autoidolatría. Estamos construyendo un Mesías a nuestra imagen y semejanza.

El riesgo de usar a Dios como una excusa para justificarnos a nosotros mismos es una amenaza siempre latente. Si Jesús no es más que una bonita explicación a mis hipótesis previas, toda mi fe es una farsa. La Primera carta de Juan describe el espíritu que se opone a Cristo (o sea, el del anti-Cristo) como aquel que no confiesa que el Verbo se hizo carne (4:3). Cuando san Jerónimo tuvo que traducir ese versículo al latín, cambió «oponer» por «disolver»: anticristo es «todo espíritu que disuelve a Cristo». Disolver al Señor, dividir su mensaje en mil pedazos, mezclarlo y diluirlo en el caldo del ego son marcas que delatan a un espíritu que está lejos de Cristo. El equilibrio que más necesita la iglesia de hoy no se encuentra en la anulación de algunas verdades en favor de otras, sino justamente en el complemento que surge de estas verdades en tensión. Una cristología que se focaliza en uno o dos elementos y se olvida de lo demás no solo pierde contacto con el Jesús histórico, sino que también encuentra serios problemas a la hora de enfrentarse con la realidad.

Cristo y la Cultura

Clase 27: Los múltiples rostros de Cristo: un desafío para la Iglesia

Aunque nos cueste lidiar con el carácter indomable de este Cristo que no entra en nuestras categorías, debemos resistir al impulso de desechar las verdades incómodas, nuestro Mesías extravagante no puede ser domesticado.

“Si Jesús no hubiera vivido nunca, no habiéramos sabido como inventarlo”. Walter Wink